

# El Puente de mis sueños

TACOMA

Marzo de 2015

La fiebre, derivada de un proceso gripal agudo y persistente, estaba sumiendo a Alfonso en un estado de letargo semiinconsciente del que le parecía iba recuperándose poco a poco. Inquieto, indeciso y no exento de temor llamó a la oficina para ponerle al corriente de las novedades, por si habían surgido incidencias en la ejecución de la obra. No sé por qué se me ocurrió llamar cuando sabía de antemano que, de puertas para fuera, no tienen ni repajolera idea de lo que se batalla en la construcción de los diferentes tajos de las obras adjudicadas.

—¿Qué tal ha ido todo en mi ausencia?, preguntó por teléfono Alfonso al encargado de la obra, sin poder aguantarse por más tiempo.

—Bien, bien, Alfonso, tranquilo. Ayer hormigonamos el tablero del puente, sin parar ni a comer. Cerca de 100 metros cúbicos de hormigón de alta resistencia de una tacada. Hubo un pequeño retraso en el encofrado perdido entre vigas, ya que éstas venían en sus extremos con unos hierros por fuera del ala superior, que me obligaron a cortarlos con la radial y problema resuelto.

Se me soltó el teléfono de la mano, rebotando en la mesa, cayendo luego al suelo, arrastrando el teclado de sobremesa. La mano rígida, temblorosa y un dolor intenso atenazó la garganta de Alfonso, con la boca como un esparto, sin apenas poder articular algún sonido, siquiera parecido a un quejido, a una voz entrecortada y en falsete...

—¿Qué me has dicho que hiciste, animal?.. ¿Que has cortado los cercos de las armaduras de las vigas y por lo tanto has anulado su resistencia estructural...? El puente se caerá. ¡¡Has arruinado la obra y mi vida!!.

La fiebre sonambulesca retornó con más furia de la que ya sufría, fiel y vengativa, pero de todas todas, me debía incorporar al trabajo el lunes próximo. ¿Qué debía hacer y decidir?. Llevaba un año en la empresa y todavía estaba en período de prueba. Si no comunicaba nada y daba la orden de seguir ejecutando el puente hasta su finalización, corría el riesgo de originar una catástrofe al derrumbarse el mismo, una vez abierto al tráfico rodado. Seguro. Mi destino acabaría con mis huesos entre rejas y mi familia, arruinada de por vida, salvo que me sometiera a la Divina Providencia, me echara un capote y no pasara nada. El otro pensamiento invadió el ánimo de Alfonso con idéntico terror...: comunicar a sus jefes lo sucedido, asumir toda la responsabilidad y exigir la demolición de los 45 metros lineales de tablero del puente de un solo vano, vigas incluidas, manteniendo sus estribos para recibir una nueva estructura. Por supuesto, pedir la cuenta en la empresa antes de que le despidieran, echando por tierra su carrera como ingeniero, cuando apuntaba maneras de cara a un futuro prometedor en su trayectoria profesional.

La noche seguía presentándose «toledana», implacable y eterna, con sombras y rostros desfigurados, dándole y quitándole razones a Alfonso, manteniéndolo entre el ánimo y la desesperación. Solo deseaba que todo terminara ya, que se hiciera de día, que desapareciera esa tortura y afrontar la situación con determinación y raciocinio.

¿Había pasado una noche o toda una eternidad? El caso es que me vi junto al nuevo puente, majestuoso, pendiente de ser inaugurado a las pocas horas por la Administración, acompañada de las fuerzas vivas del pueblo. Pero todavía era muy temprano, apenas amanecía. Era la hora en que Pedrucho, el pastor del pueblo, sacaba las ovejas a pastar y que siempre estuvo en desacuerdo con la construcción del puente. Que a él no le hacía falta un nuevo puente para atravesar el río con sus ovejas. Que por el viejo se pasaba igual aunque hubiera que dar más rodeo. ¡¡Tanto puente para tan poco río —me abroncaba a diario—. Qué manera de malgastar el dinero. Como si no hubiera cosas más precisas en que gastar!!

—¡Que no se ha hecho el puente solo para tí y tus ovejas, jodido Pedrucho! —le respondía yo— pero él, ni caso, a su bola.

Esa mañana, para darme en cabeza, apartó las vallas, arrancó las cintas previas a la inauguración y se dispuso a pasar con su rebaño por el puente, sabiendo que iba a ser el primero en estrenarlo, con el pecho hinchado, muy ufano, marcando el paso, desafiándome con la mirada, para dejar el flamante firme echo una pena por las cagarrutas de sus ahijadas ovejas.

No habían traspasado la mitad del puente cuando un zumbido sordo, grave, in crescendo, fue invadiendo el entorno, hasta convertirse en un cataclismo ensordecedor. El tablero del puente se estremeció, se bamboleó como un serpentín movido por el viento, sucumbiendo lentamente hacia las fauces del río, acompañado de las ovejas, que se iban precipitando en grupos de tres en tres, de cinco en cinco, de diez en diez. Pero... ¿Cuándo iban a terminar esos terribles saltos mortales al vacío, con los continuos chapoteos de las ovejas contra las voraces y frías aguas del río?. De inmediato, una sirena, una alarma, qué se yo, sonó con estrépito. Alfonso no comprendía cómo podían llegar tan pronto ambulancias y bomberos al lugar de la catástrofe... Era la alarma del despertador, pues era sábado y debía de realizar algunas compras con su mujer, y preparar sus cosas para incorporarse al trabajo el lunes. Se incorporó del lecho como un resorte, sudoroso, cardíaco, terriblemente asustado y con el corazón a punto de salirse por la boca. La mujer le miró con desdén, una vez más, pues ya estaba acostumbrada a sus delirantes pesadillas y charradas nocturnas.

Transcurrió el sábado sin que Alfonso pudiera desprenderse de la pesadilla de la noche anterior. Seguía con algo de fiebre y se acostó temprano.

Le sorprendió la mañana gris y brumosa, cuando llegó al puente, decidiendo que se abriera al tráfico, horas antes de la inauguración oficial. Lloviznaba y el río venía con notable crecida de aguas pardas por las persistentes lluvias de tormenta, caídas en días pasados. Tenían fiesta ese día en el colegio y el autobús había recogido a los chavales de varios pueblos de la redolada para disfrutar de un día de excursión, visitando la ciudad y rematar la jornada en el Parque de Atracciones.

El autobús apareció entre la lluvia y la neblina, con los focos encendidos y los limpiaparabrisas agitándose frenéticamente, tratando de poder divisar el puente que apareció de repente.

Un crujido extraño me hizo volver la cabeza hacia el puente para ver, horrorizado, que se había reducido su longitud, que la segunda mitad del mismo había desaparecido, arrastrado por las bravías aguas como hojas de un periódico, y que el autobús, repleto de niños felices y bulliciosos, estaba a punto de volar hacia el abismo del río.

Ese salto mortal era interminable, eterno, sin fin. Gritos cada vez más sordos y lejanos se confundían con el sonido continuado de un claxon. ¿O era una sirena, o era una alarma...?

El despertador de la mesilla de noche volvió a catapultarme desde la cama hasta casi el techo de la habitación. Otro sueño; otra pesadilla. ¡¡Cuándo me iba a desaparecer esta maldita fiebre, por Dios!!.

Me encaminé a trompicones al cuarto de baño, sudoroso, helado de frío, derrotado. Mientras me afeitaba experimenté esa sensación agrisada de que, por un lado, todo había sido una febril alucinación y el puente seguiría allí, flamante, pendiente de ser inaugurado, mientras que por otro, mi otro yo, ese inmisericorde y maligno enemigo que todos llevamos dentro, se había manifestado en los sueños, optando por la solución más cruel, indigna, y cobarde: la de no comunicar la «pica» constructiva y encomendarme a la Divina Providencia. ¡¡ Pero si yo no soy así ni de lejos!! ¿ Cómo, encima, pude llamar «animal» al encargado de la obra, mi querido hermano Lucas, con más años en la empresa que yo y que, gracias a sus buenas opiniones sobre mí, pude acceder a esa Compañía en la que tenía depositadas tantas esperanzas...?

—¿ Se puede saber qué carajo estás haciendo en el baño a estas horas? —espetó Tina— mi dulce y comprensiva esposa

— Mujer, lo normal, y después de afeitarme, me estoy anudando la corbata.

—Te recuerdo, querido, que hoy es domingo y por si se te ha olvidado, cuando mañana, que será lunes, acudas a la inauguración del **Puente de tus Sueños** —más bien de tus pesadillas— procura que la ceremonia sea breve y puedas «escaquearte» lo antes posible, para poder hacer las maletas, por una vez sin prisas, pues te vuelvo a recordar que nos prometiste a tus hijos y a mí, que nos iríamos este lunes de mini-vacaciones a la playa, aprovechando el «**puente**» de cuatro días, o de cuatro ojos, como acostumbras a definirlos. Así es que termina y deja lo que estés haciendo y vuelve a la cama... ¡¡que son las siete de la mañana!!.

Hasta ese momento no había vuelto Alfonso en sí. Era verdad y estaba en lo cierto: mañana lunes debería asistir a la ceremonia de inauguración del puente más importante de la Comarca, el más reivindicado por asociaciones y municipios y, además, el más novedoso y original, desde el punto de vista de la ingeniería de puentes. Por todo lo cual, a Alfonso le habían felicitado y reconocido su competencia y capacidad profesional y técnica no solo en su empresa sino también desde la Administración Pública para la que habían construido el puente.

En ese mismo acto, a la empresa se le iba a conceder el Premio a la Excelencia Empresarial.